

¿POR QUE SEGUIR SIENDO CATOLICO?

EN el siglo pasado, el Concilio Vaticano I proclamó que la mejor razón a favor de la Iglesia era su "maravillosa propagación, su eminente santidad y su profunda estabilidad". Pero "hoy parece verdadero todo lo contrario", como confiesa el profesor católico Ratzinger, actualmente cardenal y principal contradictor teológico de Hans Küng.

¿Cuál es entonces el panorama que presenta la Iglesia católica romana en el momento presente?

Tras la esperanza puesta en el abierto Concilio Vaticano II (después de un siglo del duro y cerrado Vaticano I), el panorama externo es desolador. Y solemos ver, por el contrario, en nuestra Iglesia tres cosas: "una asociación estancada", "una historia vergonzosa" y "una condescendencia con todas las corrientes de la Historia: el colonialismo, el nacionalismo y recientemente los intentos de hacer las paces con el marxismo". Y por si esto fuera poco, después de la esperada renovación propiciada por el reciente Concilio universal, "en vez de una Iglesia moderna, ha surgido una profundamente desgarrada y problematizada". Si los que estaban alejados de la Iglesia saludaron con alborozo en 1965 las conclusiones de los obispos de todo el mundo reunidos en el Vaticano II, hoy no sólo estos alejados, sino numerosos seguidores de la Iglesia, como Ratzinger, ven este pesimista cuadro del catolicismo.

Sin embargo, Küng —el defenestrado Küng— acaba de hacer una confesión de catolicismo sincero en el periódico *Le Monde* del 18 de este mes. Y alega razones muy similares a las de su enemigo teológico Ratzinger, para seguir siendo católico. Yo —como católico— puedo contestar también con estas razones a quienes me preguntan con asombro cómo es que continúo sintiéndome seguidor del catolicismo, si bien añadiría algunos motivos más de mi cosecha particular.

"Es la Iglesia la que, no obstante todas las debilidades humanas existentes en ella, nos da a Jesucristo", confiesa Ratzinger. Y Küng señala que "Jesucristo en persona, para la Iglesia y para mí, es el Hijo y la palabra de

Dios". Ese es el último criterio aceptado por uno y por otro, a pesar de que se hayan tirado los trastos a la cabeza el profesor de Tubinga y los cardenales, lo mismo romanos que alemanes, con el Papa al frente suyo.

Ratzinger dice que "si yo estoy en la Iglesia es por las mismas razones que soy cristiano: no se puede creer en solitario... Una fe que fuese fruto de mi invención sería un contrasentido... porque no podría superar los límites de mi propio yo". Algo muy parecido a lo que declara Küng que le pasa: "Yo no quiero dejarme quitar lo que durante toda mi vida me ha sido querido y valioso en el hecho de que he nacido en esta Iglesia católica". No quiere sentirse solitario en la misión personal que llena plenamente su vida; y quiere seguir conviviendo con sus "colegas y estudiantes", lo mismo en "la fidelidad a la herencia católica" que en la "apertura a la cristiandad y en la universalidad toda".

El teólogo católico incriminado siente en lo íntimo lo mismo que confesaba también la gran escritora católica inglesa Rosemary Haughton hace unos años: "Nuestra familia puede ser una retahíla de desgraciados, pero es nuestra familia... y no podemos desprendernos de la herencia... porque toda Iglesia de nuestros días, por más ambigua que sea, ha brotado de la Iglesia fundada en los apóstoles". Y ella es la que nos ha transmitido —a pesar de todos sus fallos— "un mensaje" que nos llena, y que es el difundido por el personaje central del Evangelio.

Es un hecho para el creyente católico, confesado por Ratzinger, que "aunque en su larga historia el cristianismo haya concretamente faltado al mensaje contenido en él, no ha dejado jamás de proclamar los criterios de justicia y de amor, y frecuentemente lo ha hecho contra la propia Iglesia". La tensión jerarquía y fieles es una realidad, a través de cuya dura dialéctica siempre se ha difundido ese mensaje básico no sólo para el creyente, sino para todos los hombres. Esta es la Iglesia real y este es el Papado en el que cree Küng: ahí es donde el heterodoxo y el inquisidor enfrentados en sus opiniones teológicas "descubren que, jun-

to a la historia de los escándalos, existe también la fe fuerte e intrépida que ha dado sus frutos, a través de todos los siglos, en Agustín, Francisco de Asís, el dominico Bartolomé de las Casas con su apasionada lucha por los indios, Vicente Paúl y Juan XXIII".

Esta presencia vital del Evangelio es esencialmente el concepto flexible de Küng sobre la infabilidad tan rigidamente entendida por muchos católicos, en contra de lo que la Iglesia misma enseñó oficialmente. Esto es lo que ha intentado exponer este teólogo católico —a pesar de las pretensiones vaticanas de silenciarlo— con sus reflexiones personales acerca de esta enseñanza católica sobre el Papa; y así confiesa que "no está contra el Papado ni contra el Papa" y que sólo pretende evitar el absolutismo desmedido de que se han revestido en la práctica muchos Papas, y del cual derivan tantos fallos históricos de la Iglesia al pretender identificar autoridad moral con autoritarismo personal incondicional, que es contra el que lucha Küng con sus interpretaciones menos legalistas y más vitales de la primacía del Pontífice romano.

Lo cierto es que, hoy como ayer, y en contra del nacional-catolicismo que nos enseñaron en España, siempre ha sido verdad que el amor predicado por el Evangelio no es contrario a toda crítica. Precisamente en la Edad Media sistematizó Santo Tomás la costumbre católica de corregir el inferior al superior cuando éste fallaba gravemente, y, sobre todo, si su falta era pública en doctrina, en moral o en su acción pastoral.

Como recuerda Ratzinger: entender el amor como algo sentimental, blando y sin nervio, y —por tanto— olvidado de todo criticismo, "¿no es quizá la excusa a la que, cuantos tienen el poder, recurren gustosamente para eliminar la crítica y mantener a su favor la situación de hecho?".

Ni en política ni en cuestión social o religiosa podemos los seguidores del Evangelio dejar de ejercer ni "la auto-crítica" que exige para sí como un deber Küng, ni "la crítica" que él, como una obligación de creyente católico, ha practicado con su Iglesia. ■